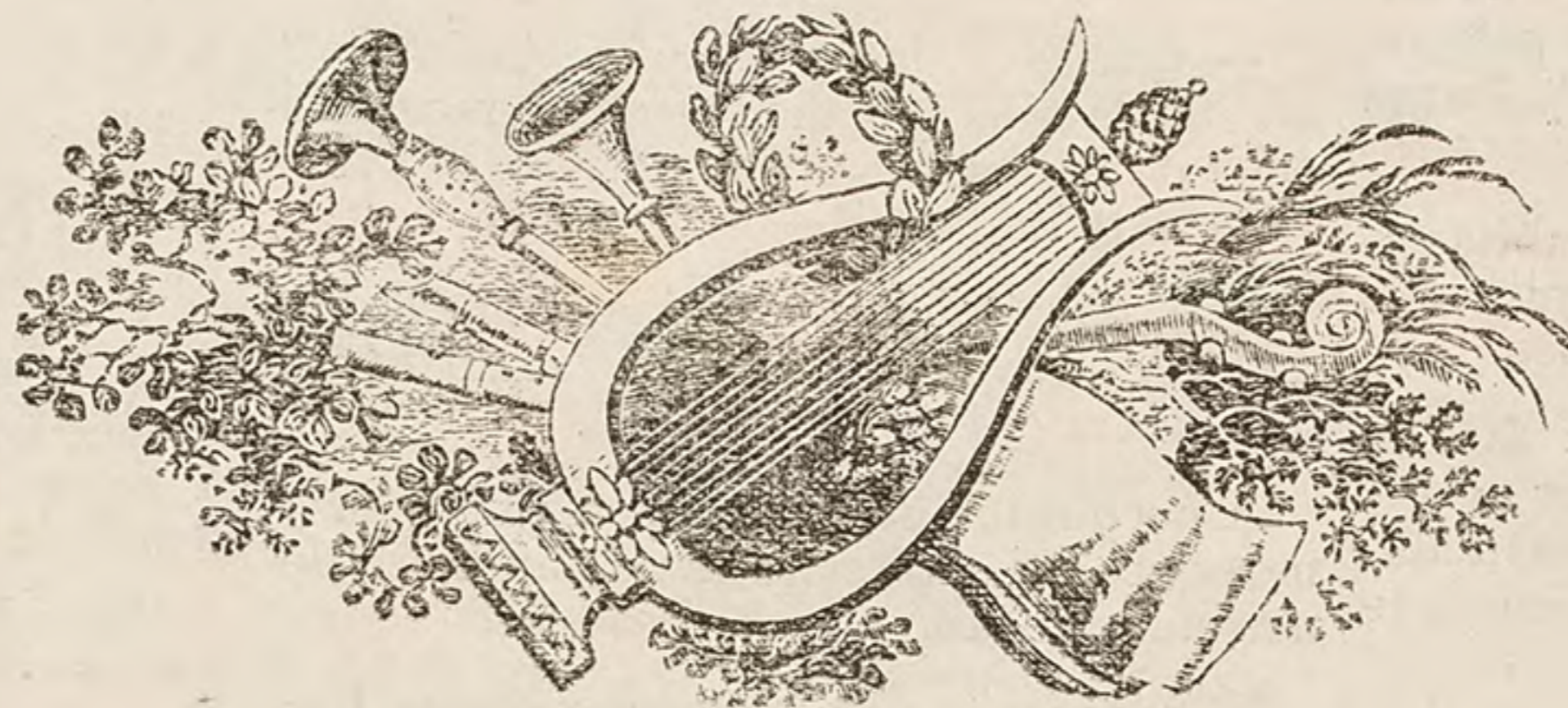


LA ALBORBACIA
SEMANARIO
DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 3 de Abril de 1873.

Núm. 23.

SUMARIO.

La Religion y el Campo por la señorita Mercedes Eléspuru y Laso.—Jerusalen y Cristo, conclusion, poesia, por Timoteo Alfaro.—El Rico y el pobre, por Constantino Carrasco.—La Cocota, poesia, por Carlos Augusto Salaverry.—"El precio de la gloria" por A. de la E. Delgado.—Mi Periquito, poesia, por Luis del Lago.—Pobres mujeres, por Paulino Fuentes-Castro.—Celos, poesia, por el Chico Terencio.—Nuestra Señora la Pobre, por Miguel Luis Amunategui.—Al volver, poesia, por A. F. Grillo.—Te vi, poesia, por Estevan C. Segura.—Mosaico, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Charada.—Soluciones.—

LA RELIGION Y EL CAMPO.

I

NADA hay comparable ni puede haber con los consuelos de la Religion. Entre los divinos pliegues de su manto celestial, hay siempre para el alma, tesoros de amor y de esperanza, eternas y ricas fuentes donde apaga su sed el desgraciado, é infinitas luces, siempre claras, siempre resplandecientes, que iluminan el camino del bien, única senda de la verdadera gloria.

¡Qué triste, qué horrible debe ser la vida cuando no abriga la existencia el manto de la Religion! El mundo entonces debe presentarse al espíritu, como inmenso desierto quebrado solo por insondables abismos, y circuido por negros y fatídicos horizontes.

¡Qué profundas y qué dolorosas deben ser sin la Religion, las heridas del alma!

¡Cuan ciegas y cuan violentas deben ser

las pasiones que ajitan el corazon!

El cerebro debe ser entonces un caos, y el pecho el crater de un volcan.

¿Quién, pues que aspire los suaves y deliciosos perfumes de la Religion no bendice agradecido al Salvador del mundo?

Solo El, como Dios, pudo haber trabajado en medio de los sufrimientos que ayer conmemoró la Iglesia, ese divino lazo que une la tierra con el Cielo.

Solo El, pudo dejarnos tan faerte apoyo, tan seguro guia.

La religion es siempre bien y siempre luz, y como aliento de Dios, enjuga siempre las lágrimas del desgraciado y lo sostiene en su miseria.

Yo que, por fortuna siempre la he bendecido y admirado, la admiro y la bendigo hoy mas, porque una vez mas tambien, y en medio del campo, he visto y he palpado sus maravillas y portentos.

II

A pocas millas de Lima y muy cerca de Chorrillos, está como saben seguramente mis lectores, el delicioso pueblecito del Barranco, escondido entre olivos, sauces y naranjos, hácia los confines de un campo que domina el mar, y que aun cuando no es muy vasto, ostenta sin embargo una hermosa vejetacion.

—¡Qué lindo es el Barranco!—esclama sin duda el viajero apenas llega á la estacion porque, desde allí y respirando un fresco y embalsamado ambiente, empieza á gozar

de los encantos de la naturaleza. Y si despues recorre la alameda Domeyer, y descansa un momento en la glorieta que adorna uno de sus extremos, y vé mecerse los siempre verdes y elevados álamos al soplo de las perfumadas brisas, entonces repite, lleno de espancion y de contento, tambien sin duda: Qué lindo es el Barranco!

—Y qué lindo es el Barranco—vuelve á repetir el viajero cuando descende al mar por una pendiente poco sensible, en la que el arte, pues, ha tenido que hacer, y en la cual tambien hay árboles á un lado y á otro, y á ciertas distancias hermosas parras, que dán sombra á los asientos que á sus pies se encuentran.

Todo es, pues, poesia y hermosura en el Barranco.

Un poeta encontraría en él abundantes fuentes para su inspiracion.

Un romántico, al mismo tiempo que la salud, hallaría brisas y olas á quienes confiar sus quejas y suspiros.

Y en las noches de luna, tendrian todos, como tuve yo, no hace muchos dias, noches verdaderamente deliciosas en las que, para completar el hermoso panorama que se presentaba á mi vista, contemplaba extasiada á muchas bellas, vestidas con sus sencillos trajes de percala, al verlas mecerse en sus hamacas, tan muelle y graciosamente como las aves en su nido.

En el Barranco, pues, vive el espíritu y la salud se robustece; y me declaro su admiradora y partidaria, aunque la moda y el

buen tono, como dicen, consideren mi pecado sin perdon.

Pero vamos á mi objeto.

III.

En una de las tardes del mes pasado, tan hermosas siempre en el Barranco, salí á pasear con varias amiguitas por los alrededores del pueblo, cojimos algunas de las muchas bellas y lozanas flores que por allí se encuentran, y ostentando cada una de nosotras un bonito ramillete, regresabamos á nuestros ranchos.

Pero antes de llegar al pueblo, y en circunstancias que atravesabamos un potrero, me llamaron la atencion no sé por qué unas habitaciones que ví al medio de él.

—¿Sabes quiénes viven en esas habitaciones?—pregunté á una de las amiguitas de mas antigua vecindad en el Barranco.

—Sí—me contestó;—vive allí una familia muy buena, y al mismo tiempo muy pobre. Sé que un sacerdote les ha dado esas habitaciones condolido de su miseria. Ven yo te llevaré.

Seguí á mi amiguita, y á poco pude contemplar poseida de la emocion mas triste, un cuadro por demas conmovedor.

Hallábase en la habitacion á donde entré, el padre de la familia muy cerca de la puerta cosiendo en una maquina; su esposa lívida como un cadáver estaba recostada en una pobre cama mostrando en su semblante las tristes huellas de una larga y penosa enfermedad.

Una niña en fin, de unos diez y seis años, bella, y con un aspecto de bondad é intelijencia completaban ese triste grupo.

La niña parecia ocupada en preparar las costuras á su padre.

Apenas hubimos entrado cuando poniendose en pié el padre y la bella niña, contestaron nuestro saludo; la madre tambien lo hizo procurando incorporarse, pero con cierta voz que casi no se le entendió.

Entónces el padre me dijo que disculpara á su esposa, porque los sufrimientos y la debilidad la tenian postrada, y aun la habian hecho perder casi completamente la voz y que su mala salud habia empeorado todavia mas, hacía poco tiempo, á consecuencia de haber perdido el único hijo que tenian, no tanto por el caracter de la enfermedad cuanto por la falta de recursos;—“el único hijo,—decia el padre,—que debió ser nuestro sosten y amparo.”

Yo estaba profundamente conmovida; pero notaba, á pesar de tanta desgracia cierta tranquilidad en el semblante de toda la familia, y por mas que reflexionaba no podia esplicarme semejante contradiccion.

Cuando al volver involuntariamente la cara, ví iluminada con una lámpara la divina imájen del Salvador crucificado. Entónces todo lo comprendí.

Bendito seas Señor, dije dentro de mí, bendito tú que eres el amparo, el alivio de los enfermos, el consuelo de los desgraciados. Sin tí Señor cual sería la suerte de esta pobre familia? Solo tú, puedes darla esa

santa resignacion con que se sobrellevan facilmente las desgracias mas grandes.

¡Con cuanto gozo verás Señor, desde tu trono que no ha sido de todo inutil tu sacrificio, pues que recojes aquí algun fruto de la divina semilla que nos dejastes.

Desgraciado del que no tiene religion, porque se priva del consuelo de saber sufrir.

IV.

Toda la familia no sabia como halagarme; y me ofreció todo lo que podian ofrecerme, atencion que yo agradecí, como si el ofrecimiento hubiera sido de un tesoro.

—¿Quiere V. ir á ver la puesta del Sol?—me dijo la niña tomandome de la mano—Encima de los extremos del potrero hay una vista muy linda.

Salí, pues con la bella niña, y mis dignas amigas, y realmente, el espectáculo que se ofrecía era grandioso, sublime.

A poco rato nos despedimos, pues pensamos que el tiempo para esa familia era demasiado precioso para quitarselo.

El padre y la niña nos acompañaron hasta la salida del potrero.

En el camino me refirió una de mis amigas, que el desgraciado padre era capitán indefinido, y que en el cuarto inmediato tenia una hermana que estaba agonizando, por falta de medicinas, y en cuanto al alimento propio para su estado lo recibia, por caridad, de una familia del Barranco.

V.

Regresé, pues, del paseo con el corazón oprimido, con las lágrimas en los ojos, y pidiendo á Dios el bien estar de esa familia pobre.

Y cuando ví las flores que traia recordé, que tambien en el campo, en medio de ellas, habia visto una flor todavia mas bella, mas lozana:—la resignacion, flor que cultiva la Religion cristiana y cuyo perfume celestial purifica los aires deletereos de este mundo.

MERCEDES ELÉSPURU Y LASO.

JERUSALEN Y CRISTO.

Vixit Sion Lugent.
JEREMIAS.

(Conclusion.)

II.

Ya no se oye ese golpe furibundo,
Ya está en la cruz su cuerpo condolido,
Ya vemos ¡ay! al Redentor del mundo
Entre el cielo y la tierra suspendido.

¡Y ese es el Dios que el universo guia!
¡Y ese es el alto Dios que en un momento
El universo entero aplastaria
Desplomando sobre él el firmamento!

En vez de enviar devoradora llama
Que á la feroz Jerusalem acabe,
“Perdónala, Señor, lúgubre exclama;
Ella lo que hace con Jesus no sabe.”

Muere Jesus por fin, rásgase el velo
Del templo de Sion, huye y se encierra
El astro de la luz, se enoja el cielo,
Y gime y tiembla con horror la tierra.

¡Y ha muerto mi Jesus! y al cabo ha muerto
Y tú, ciudad de maldiciones, fuiste
Quien le trajo á morir del santo huerto?
Jerusalen... Jerusalem, qué hiciste!

Pero aquel inocente era mas que hombre
Y no pudo la muerte aprisionarle;
Su tumba abandonó, brilla su nombre,
Y acabarán los siglos sin borrarle.

Por todo el mundo se alzarán triunfante
Sobre el verde laurel del heroismo
Confundiendo las armas del turbante
Y el orgullo brutal del paganismo.

El es el Dios del alto firmamento,
El es el Dios que todo lo comprende,
El que agita la mar, empuja el viento,
Y las entrañas del volcan enciende.

El es el Dios cuyas angustias sienas
Están ceñidas de poder eterno;
El es el Dios de mágicos Edenes,
El es el Dios de aterrador infierno.

Tú, Sion, miserable le creiste,
Porque la negra ceguedad te engañó,
Y negando que es rey... pronto le hiciste
Rendir la vida á tu iracunda saña.

Mas si le hallabas cándido cordero
Cuando el Gólgota fué... pueblo maldito,
Ya le hallarás tonante y justiciero
Cuando sucumbas al furor de Tito.

III.

Jerusalen su crimen olvidaba,
Pero volaron rápidos los dias,
Y se cumplió por fin lo que anunciaba
La profetica voz de Jeremias.

Los romanos ejércitos vinieron
Y á la infeliz Jerusalem sitiaron;
Templos, torres, alcázares hundieron,
Hombres, mujeres, niños degollaron.

¡Y eres, pobre Sion, la que brillaste
Cubierta de riqueza y perfecciones!
¡Y eres, pobre Sion, la que te alzaste
Sobre el poder gentil de otras naciones!

¡Por qué yacen rasgadas tus palmeras?
¡Por qué yacen deciertas tus colinas,
Lánguidos tus jardines y praderas
Y todo el pueblo en silenciosas ruinas?

Porque un tiempo con bárbara fiereza
Asesinaste al Hijo de María
Y asomando entre las nuves la cabeza
Justa y sublime expiacion te envia.

Si tus queridas arpas suspirando
De Babilonia en el ciprés colgaste,
Y tus hierros por último quebrando
A los hogares de Sion tornaste....

Nunca ya tus alegres regocijos
Romperán el silencio tan profundo
Que vela tus escombros, y tus hijos
Irán errando por el ancho mundo.

Tiernas doncellas, jóvenes, ancianos,
Pues que entre negra iniquidad nos vemos,
Cruzando penitentes nuestras manos
El corazón al paraíso alzemos.

No renoveis á Cristo su agonía
Engendrando el pecado en vuestro pecho,
No grite maldiciéndonos un dia:
¡Jerusalen! ¡Jerusalen, qué has hecho!

TIMOTEO ALFARO.

EL RICO Y EL POBRE.

(TRADUCCION PARA "LA ALBORADA".)

EXTENUADO por el calor del día, acostado sobre el polvo junto á una de las mezquitas de Bassora, un pobre musulman veía los últimos rayos del sol desvanecerse en un horizonte de llamas sin que la compasión de ningún fiel servidor de Mahoma viniese á aliviar su miseria, cuando las puertas del palacio de uno de los visires del Kalifa, el voluptuoso Muley, se abrieron con estruendo, y dos esclavos negros arrojaron á los pies del triste mendigo las sobras de los perros de su orgulloso señor. Assan las recogió con avidez y empezó por bendecir al Profeta; pero así que apaciguó su primer hambre, no vió ya sino el menosprecio que había acompañado al socorro, y las murmuraciones reemplazaron á las acciones de gracias.

Al resplandor que esparcían las antorchas de madera de aloes, descubrió á través de las columnas de mármol y de pórfido á aquel cuya humilde limosna devoraba.

Tendido sobre muelles cojines cubiertos de un tejido de oro y seda, á la sombra de un bosquecillo matizado de flores, el afortunado Muley venia á respirar la brisa de la tarde embalsamada por los suaves perfumes que se escapaban en nubes espesas de las cazoletas de oro que sostenían cien esclavos. Y la envidia por la primera vez encontró acceso en el corazón del desgraciado Assan.

—“Oh Mahoma!—exclamó,—así extiendes tu justicia sobre los verdaderos creyentes? Desde que me abriste las puertas de la vida, me has concedido una sola vez el menor goce? Qué beneficio has derramado sobre mí? Tú no me has dejado conocer sino el dolor, la miseria y la hambre.

“Sesenta veces ha pasado el ramadan sobre mi cabeza sin que haya dejado otra cosa que decrepitud, sufrimientos y necesidades. Y elogian tu solicitud todos tus servidores!!! No... no existe allá arriba, como en la tierra, sino frío egoísmo, orgullo é injusticia; desde hoy cesa mi fé en los versículos del Coran, y á tí, Mahoma, te consideraré como el mas vil impostor, si no haces inmediatamente justicia á mis reclamos.”

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el pobre Assan se estremeció de la horrible imprecación que acababa de lanzar; paseó temblando sus miradas en torno suyo, y vió con espanto la obscuridad que lo rodeaba. Las antorchas de aloes no alumbraban ya el palacio del visir, todos los fieles musulmanes habían regresado á sus casas, las calles de Bassora estaban desiertas... Assan se veía solo... solo con su blasfemia y el silencio de la noche! Dirigió temblando de pavor sus miradas hácia el cielo; pero el cielo también se había despojado de su manto resplandeciente para cubrirse con un velo lúgubre. Dos estrellas solitarias brillaban con vivo fulgor: Assan las contemplaba... Oh prodigio!... ellas parecen desprenderse de la bóveda celeste y caen con espantosa rapidez á la tierra, dejando en pos de sí largos surcos de fue-

go... Assan quiere huir... y se siente clavado sobre las gradas de la mezquita!... Quiere orar, y su boca permanece muda!... Dos ojos chispeantes están fijos en los suyos! Tiene delante uno de esos seres misteriosos que Dios creó para llevar sus órdenes divinas; su cuerpo es diáfano, su tez presenta mil colores que se suceden á cada instante... Diríase que era un vapor formado por el sol despues del rocío de la mañana... Su cabeza parece un meteoro luminoso, millares de chispas brotan de su ondeante cabellera; una voz formidable se escapa de esa aparición celeste, y Assan cree oír el estallido del trueno.

“Ya lo ves, Mahoma no es sordo á los clamores de las criaturas; tú osas interrogarlo, él me envía á responderte.”

“Acusas al cielo de injusticia, contemplando la suerte de Muley! Vuestros días fueron pesados al mismo tiempo en la misma balanza; la suma del bien y del mal es igual entre vosotros; tú no tienes nada que envidiarle; sois tan pobres el uno como el otro. Si tú sufres, si tú eres presa de todas las humillaciones durante el día, cuando llega la noche no se apresuran las penas á dejarte para dar lugar al reposo? Qué te ofrecen entonces los sueños? Una felicidad eterna y sin mezcla. Hallas de nuevo la juventud, el gozo llena tu alma, aduladores cantan tus alabanzas, las huiries celestes te rodean en tropel y se disputan tu corazón... La abundancia y los placeres te acercan... Ves en tu poder tesoros inmensos, y los tesoros que la imaginación produce, son mil veces mas valiosos que los que puede brindar la realidad. Pues bien! Entonces es precisamente cuando comienzan los tormentos del hombre poderoso que excita tu envidia; luego que sus ojos se cierran, él queda despojado de sus honores, de su fortuna, no tiene ya amigos, ni aduladores, ni queridas, él queda como tú de día sobre la tierra, careciendo de todo... Despierto, los exquisitos manjares que recargan su mesa no excitan sino con dificultad su apetito estragado... Dormido, la hambre lo atormenta, no puede satisfacerla; en fin se ve pobre, doliente, despreciado de todos, mientras tú eres rico, poderoso y honrado. Y si el sueño es la mitad de la vida, responde á tu vez, no es todo igual entre vosotros? ¿Eres tú mas pobre que él? ¿Es él mas rico que tú? Cesa pues de acusar al cielo y goza de sus beneficios sin murmurar mas. Duerme y ten entendido que el sueño es la riqueza del pobre.”

Assan sintió cerrarse sus párpados, se extendió sobre las gradas de la mezquita; al punto la fortuna, las risas y los amores vinieron á sentarse al rededor de la humilde piedra que sostenía su cabeza en tanto que la desesperación, la miseria y la hambre, que habían acompañado sus pasos todo el día, lo abandonaron y fueron á colocarse sobre los ricos almohadones donde dormitaba el poderoso Muley.

Y el Angel se perdió en el azul del espacio.

CONSTANTINO CARRASCO.

LA COCOTA.

Ya en penachos, ya en moños, ya en guedejas,
Coronan los cabellos su estatura.
No hay raso, nieve ó flor, de mas tersura
Que sus mejillas suaves y bermejas.

Ojos de noche azul, doradas cejas,
Cútiz de arroz en virginal blancura;
Su boca es un nectario de frescura
Que dará dulce chasco á las abejas.

Del teatro, el baile y el jardín sultana,
Rejio pavon desplega sus adornos;
Su lujo pasma, su esbeltéz admira:

Pero abrid su cortina en la mañana...
Su edad, su tez, su talle, sus contornos,
Se delatan al sol:—todo mentira!

¡A otra puerta llamad, profanos seres,
Que en mí hallareis de Platon el ceño adusto!
Es el ideal mi sacerdocio augusto,
Mi libro altar, las artes mis placeres.

¡Pasad lejos de mí, locas mujeres
De alma tan negra como lindo el busto!
Buscad la orjía y el nivel es justo:
De tales joyas tales mercaderes.

Yo sueño ver que en vuestra frente, asoma.
Como el estigma de un infame acero,
El vocablo mas vil de todo idioma.

Pero en oprobio tanto, aun dadme albricias:
No vendierais caricias por dinero
Sino hallarais dinero por caricias.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

Paris, Febrero de 1875.

“EL PRECIO DE LA GLORIA.”

ASI ha titulado nuestro compatriota M. Antonio Benavides, el drama en verso, y un solo acto, que ha publicado recientemente en Valparaiso.

En ese ligero trabajo está representada con la mayor propiedad la salvaje tiranía del tribunal de la Inquisición de Roma, cuando en 1633, sujetó á dura prisión y no pequeños tormentos al inmortal Galileo, por haber publicado una obra, en que según el sistema de Copérnico afirmaba el movimiento de la tierra y la inmovilidad del sol.

El antiguo sistema de Tolemeo, mal coordinador de los trabajos astronómicos de sus antepasados, consistía en hacer girar al sol, á los planetas y los astros al rededor de la tierra que hacia permanecer inmóvil. Reinante por entonces esa falsa teoría, fué denunciado Galileo ante el tribunal terrible de la Inquisición, por haber enseñado una opinión que se tenía por contraria al texto de la Biblia; se le condenó á abjurar de rodillas sus errores, según llamaban sus enemigos, debiendo permanecer encerrado por un tiempo indefinido, en los terribles calabozos de esa Inquisición perversa y eternamente maldecida.

Muy autorizada es la antigua tradición de que Galileo, despues de haber pronuncia-

do aquella abjuración solemne, no pudo contenerse, y dijo á media voz; *E pur si mouve*, que quiere decir: "Y sin embargo, ella se mueve."

Ahora bien, hasta aquí el drama del Señor Benavides, escrito en fáciles y armoniosos versos, pone en relieve con la mayor exactitud todos los detalles de esa memorable historia. Mas el trágico fin, que en él tiene el gran astrónomo de Pisa, es tan diverso de aquel que nos refiere la historia, que no puedo menos que creer sea un capricho del autor del *Precio de la Gloria*, pero un capricho de muy mal gusto.

Galileo muere repentinamente, según el drama de Benavides, inmediatamente después de su abjuración solemne, en presencia de los cardenales, frailes, soldados, ujieres y familiares del santo oficio; es decir, en la misma escena, en el mismo acto, en aquel mismo momento. Pero la historia nos refiere, en sus más auténticas tradiciones, que Galileo, después que salió de la prisión en que se hallaba, se retiró por orden del papa Urbano VIII, que gobernaba por entonces la iglesia, como sucesor de Gregorio XV, á un pueblo de las cercanías de Florencia; que perdió, la vista en los últimos años de su vida, y que lleno de la mayor resignación murió el día 9 de Enero de 1642—es decir, nueve años después de 1633, en que, según el drama de Benavides, muere repentinamente, en la misma escena de su abjuración, maldiciendo atrozmente á sus crueles enemigos.

Semejantes contradicciones con las verdades que nos refiere la historia, y que han confirmado las opiniones de tantos sabios escritores, en cerca de dos siglos y medio, es es un horrible lunar en el precioso trabajo de nuestro joven compatriota; tanto más, cuanto que el mérito verdadero de un drama debe consistir en la conformidad de sus detalles con la narración autorizada de los acontecimientos.

Por lo demás, repito, que el trabajo literario del Señor Benavides, es correcto y esmerado, como todos los ensayos de su pluma, que ya han llegado hasta nosotros; en las que, sea dicho de paso, campean la facilidad y el buen gusto de los escritores del Rimac.

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, Abril de 1875.

MI PIRIQUITO.

A. CLORINDA.

Avecita seductora
Tan graciosa,
Cuya charla bulliciosa
Me enamora;
Bate, bate las alitas
Y quedito
Díme en dulces palabritas:
"Pe-ri-qui-to!"

El color de la esperanza
Luce ufano!
Vén, y pósate en mi mano
Sin tardanza;
Llega, llega hasta mi boca
Dame el pico,
Que besarte me provoca
Ri-co, ri-co!

Curiosillo!—mi cabeza
Ya te incita!
Busca apoyo la patita
Ya en mi cuello!
No te enfades, que te acudo.
¡Terquecito!
Ea, arriba... ¿qué estas mudo
Periquito?
Qué pretendes, revolviendo
Mi cabeza?
Tus caricias, con terneza
Voy sintiendo;
Sigue, pues, el desaliño
Que me esplico
Consecuente tu cariño
Rico, rico.
Baja ahora, que en mi seno
Tienes nido;
Su calor apetecido
Dí no es bueno?
Al arrullo de mi lira
Yo te invito,
Que es tu gracia quien la inspira
Periquito.

LUIS DEL LAGO.

IPOBRES MUJERES!

CARICATURAS.

DE MIS ENSAYOS LITERARIOS.

I.

UNA caricatura sobre la mujer, no es lo mismo que una caricatura política.

Ya grave el cincel del artista las exageraciones de los órganos del cuerpo del caricaturado para presentarlo ridículo; ya la pluma del escritor delinee los defectos morales: en ambos casos se excita la risa del lector.

Yo no trato de eso.

Mi propósito es hacer una caricatura á mi modo; así, como si dijera un retrato al pastel, imitando el original en posición falsa.

Si, señor, porque á la mujer nadie la vé en posición natural.

Ahí está: sentada ó de pié: en coche, ó á caballo; en la calle ó bajo el cielo del hogar; en el teatro ó en el paseo: en todos estos lugares está en posición falsa.

Solo en el tocador está en la verdadera. Oh! y quién penetra hasta allí? quien me aseguraria que si tal cosa hiciese, no habria de hacer salir los colores á la cara á más de una; y cuantas no llorarian, porque creerian perder el novio que las dice—encantadora, bellísima... al poner en transparencia su verdadera cutis, sus propios dientes, los labios, las cejas y los cabellos que la pertenecen! No, no; cruel, me diria una—pérfido, otra—incensato, aquella, en fin, seria para muchas un monstruo de impiedad.—La mujer cuando está delante del tocador, tiene mucho de parecido al cómico que está dentro de bastidores:—y cuántas cosas, Dios mio, se ven allí que no se pueden revelar.

Pero chist!

Ya sale; veámosla en escena. Que bella cara; que cabeza tan mona; que esbelto talle; que donaire; que perfume el que va derramando por donde pasa. Sus ojos despiden fuego que abrasa los corazones. Su boca de purpura subido como el tinte de la rosa exhala un aliento májico que convida á beber en ella el agua de la vida. Negras y abundantes cejas

forman un bello contraste con el blanquísimo color de su mejilla.

Vale una perla, un rubí, un diamante; la piedra más preciosa que codiciara el hombre.

En este siglo el valor de las gentes se calcula en monedas ó piedras preciosas.

Se llama Laura, Elvira, Amalia, Corina ó bien Panchita, Manonga, Chavela... Tiene mil adoradores.

Uno la quiere por sus ojos; otro por sus labios; este por las cejas; esotro por las mejillas; todos, ya por la gracia, ya por el talle, ya en fin, por la mano, ó por el pié.

Cada mujer, bajo el punto de vista corporal ó físico, tiene un admirador cuando menos; porque algun órgano bello ha desarrollado en su naturaleza. En último caso, es mujer... consuélense las que no tengan ni la nariz aguileña. Ved ahí su físico, pintado con tan reluciente tinta, que mis lectoras no estrañarán el más lisonjero pincel.

Pero como Dios al formar á Eva de la fecunda costilla, la inspiró también una alma con sus facultades, héteme aquí en la necesidad de hacer un delineamiento de su faz moral.

Aquí está el escollo, y miedo me está entrando al pensar que no pueda salvarlo.

Estoy por decir que la mujer es un misterio... mas, ya lo han dicho otros.

—Un punto de apoyo! un punto de apoyo! y saldré del apuro como hubiera salido Arquímedes.

—Ah! ya oigo algunas voces que me hablan bajo al oído: soy más feliz que el sublime matemático.

Un amante correspondido me dice—amor!

Un amante desdeñado—crueldad!

Un amante traicionado—perfidia!

Uno que comienza á pretenderla—esperanza

Uno que la ama con frenesí y conoce que ella le ama pero que es difícil darla un beso, ó hablarla siquiera—martirio!

Un corazón puro—ilusión!

Un corazón sensual—placer!

Un corazón pervertido—instrumento!

El niño—ángel cariñoso! El joven—Sífide!

El adulto compañera! El anciano—recuerdo!

El poeta—inspiración! El materialista—pan de deseos! El espiritualista—ideal!

Y yo, como la llamaré que no estoy enamorado; que si tengo un corazón ni es puro, ni es sensual ni menos pervertido; que no soy niño, y aunque joven no debo llamarla Sífide! que aun no soy adulto, ni menos anciano; que no soy poeta, ni materialista; y que solo me entretengo en ensayar esta mi pluma sin más propósito que conseguir un aplauso. Yo como la llamaré, digo, que he encontrado tantos puntos de apoyo como luces tiene la ciudad?

Siguiendo ese modo de calificarla y renunciando la comparación la llamo... ah! ya doy—capricho!

II.

Lo probaré para que no se me diga que, falseo el dibujo.

Sus palabras no expresan un pensamiento firme, un sentimiento constante, (á no ser el de madres) ó una resolución fundada. Quiere en la mañana, desdeña al medio día, olvida ú odia por la noche. En un minuto dado es como *a*, en el siguiente es como *b*. A las cuatro quiere un adorno, á las cuatro y dos segundos desea otro. En un raptó de entusiasmo dice al amante que la corteja—te adoro! Dominada por el hastío le dice después—te aborresco! Concede cuando piensa negar; y niega

cuando piensa conceder. Si pudiera hacer creer que cuando el sol está en el horizonte no alumbra, no vacilaría en dar las niñas de sus ojos por conseguirlo.

Arranca una rosa del jardín y la prende en su cabeza; corre al espejo, se mira, la pasa de un lado á otro, la toca, la besa; levanta la cabeza, la inclina; se mira de frente, de lado: quisiera tener ojos en el cráneo para saber si le asienta por detrás. Al fin se fastidia, desprende la rosa, la desahoja entre sus manos y la arroja con desden.

Vuelve al jardín. Toma un clavel, una violeta, una malvita de olor, un jazmin: con ellas adorna nuevamente su cabeza: pero las pobres flores tienen que concluir su corta existencia entre las manos de la caprichosa.

Ama y aborrece, desea y desespera, se con- trista y se alegra, sin saber por qué, es decir, por capricho.

Esa suave sonrisa que graciosamente entre- tiene sus labios es el desahogo del capricho.

Esas lágrimas que se desprenden de sus ojos están denunciando su despecho; porque no ha coseguido satisfacer su capricho.

Su corazón nunca se satisface: desearía bajar el cielo para subirlo otra vez.

El capricho de María Antonieta hizo conducir su cabeza y la de Luis XVI á la guillotina.

Y cuantos caprichos hacen que los mari- dos canten la palinodia!.....

Pero el lector vá á decir que esta caritatura no es genérica-

Bien; acepto la observacion; rectifico y escribo-mujer capricho-

III.

Se ha dicho, sin embargo, que comunmente el motivo de las acciones de la mujer es el sentimiento ó la pasión.

Yo rectifico diciendo, que no siempre; porque hay mujer que calcula mas de lo que siente.

Se ha dicho tambien que la mujer vale lo que viste.

Cuando su traje es de lana no la miran sino por el precio de esta tela.

Cuando de hilo, como tal. Cuando es de seda, la dan un valor superior. Por esto la aldeana es buscada por el hombre de poncho y chaqueta: y la mujer de corte por el de frac ó levita.

IV.

—Amalia, oiga U; no se ponga coloradita: mire que la voy á hacer una caritatura.

Aquí está lector: vestida sencillamente como de costumbre; ese rosado que le ha salido á la cara es natural: tiene la vista fija al suelo: no puede sostenerla mirando á un hombre que la dirige esas frases silenciosas pero elocuentes que transmiten los ojos. Distrae su pensamiento cuando se habla á su alrededor en lenguaje libre: todos saben lo que es un lenguaje libre.

No es esta la mujer pudor?

V.

Rubios cabellos cubren las espaldas de Eloisa, unas veces cubriendo por completo su blanco cuello, otras formando hermosas trenzas. Su vestido es unicolor; tierna es su mirada, su voz dulce é impregnada de un marcado acento de melancolía: pasa los días leyendo novelas. Cuando conversa refiere al pié de la letra la de Pablo y Virginia; exhala sendos suspiros y combate las modas.

El amor platónico es su amor y á la vez el tema de sus conversaciones. Sus libros quedan humedecidos despues que salen de sus manos. Un dia sorprendí una lágrima en su mejilla:

leía la trágica historia de Abelardo.

—Quisiera haber sido esa Eloisa, dijo. Y yo escribí:—romanticismo.

VI.

Mi vecina Elisa tiene muchos adoradores. Desde que la conozco no la he visto triste: viva, festiva, entusiasta; siempre con la risa en los labios, no se tranquiliza un momento: ya sale al balcón, ya saluda, ya se esconde; se tuerce de hombros, brinca, trisca, chilla, corre, dá vueltas, se zarandea; ora saca el pié para enseñarlo al amante que la mira, ora le oculta despues que ha conseguido su objeto; desde mi ventana oigo el sonido de los besos que prodiga á sus amigas; salgo á ver si es alguna mariposa que ha topado en la celocía, y en efecto, una mariposa mujer es la que veo dando vueltas en el balcón de mi vecina. A mas de uno he visto inclinarse al suelo para recoger un billete que se deslizó de sus manos desde lo alto (por casualidad tal vez.) Viste de seda; su traje de la mañana no es el del medio dia, ni éste el de la noche. Se peina á la *serpentina*. Su cabeza es una maceta de flores.

He oido decir á su padre que gasta en ella la tercera parte de sus rentas; y la buena Elisa tiene sentimiento de ello; porque dice:—en una niña de *trato social*, deben consagrar sus padres, cuando menos, la mitad de las rentas. Anoche se desafiaron dos de sus amantes, despues de disputar cada uno que poseía su corazón, que les correspondía con fineza. Cada cual sacó pruebas muy claras: pero cada cual tambien se convenció que ninguno de los dos era querido. Yo entre tanto, que habia copiado tan bonita caricatura, le puse al frente esta palabra: *coquetaría*.

VII.

D. Bartolo frecuenta sus visitas á la casa de la señorita Elvira; bella muchacha, que arrastra en pos de sí un séquito de jóvenes enamorados; don Bartolo posee una gran fortuna, y es su pretendida el altar de sus reverencias. Hace días deslumbraron mis ojos el brillo de las pedrerías que lleva, obsequiadas por el viejo pretendiente. Mientras que los jóvenes tienen que sufrir los desdenes de la ingrata Dulcinea; el rico hombre de don Bartolo, recoge cada dia su última sonrisa.

—Feliz don Bartolo! exclaman los desdeñados; y esto que don Bartolo es ni mas ni menos que el del Barbero de Sevilla: cari-rondo, perni-flaco, barri-gordo, con cien arrugas, asmático; y con cerca de setenta navidades.

Sin embargo, es feliz, segun el dicho de sus rivales, feliz, porque en este siglo la felicidad se compra á menudo: á don Bartolo le cuesta su dinero. Los aretes brillantados, la corona de oro con esmaltes y los anillos de topacio, todo ese brillo deslumbrador que hay en Elvira, es el tributo que él paga á su cara belleza. Pero que importa: Elvira goza y dice ser feliz.

—Oh! que *materialismo* decia una amiga suya.

VIII.

Pero hé aquí, que sin cambiar la pluma, puedo diseñar á Juanita, á quien llaman la espiritual. Esta muchacha es el reverso de su prima Elvira; y tanto, que don Bartolo tuvo que tocar retirada con su persona y con su dinero; y lo desdeñó, y despreció el casamiento que le proponía, prefiriendo á un pobre motalvete, como dijo don Bartolo. ¡Que espíritu de mujer! Y dice que vive dichosa con su traje de algodón y sus botines de lana.

Segun las ideas positivistas, estas mujeres tienen mucho de tontas.

No es cierto. Otro es el tipo de la *tontería*. Diseñemos.

IX.

—No son muy bellos mis ojos?

—Sin rivales.

—Mis blancos dientes han enamorado el otro dia á Pepito.

—Ya se vé: son tan lindos!

—Mira, anoche he hecho una conquista. Ya sabrás quién es..... No caes..... vamos, él, pues, el Doctor N..... oh! si me hubieras oido: le hablé de Jurisprudencia, de de Filosofía, de Política..... Me dijo que yo tenia un gran talento y que con un poco mas de estudio seria un Jorge Sand, un Fernan Caballero ó una Madama Stäel. Si le doy ocasion se me declara. Pero tengo tantos novios que no acierto á escoger.

—Sabes, María, que muy pocas son las felices?

—Allí no mas, cortemos el diálogo, que lo escrito basta para hacer comprender al lector que esta no se parece ni el modo de mirar á la espiritual Juanita.

X.

Hay otro tipo que se parece mucho al anterior, tipos que bien podían sacarse en una misma plancha si se les fotografiara.

Su nombre es *vanidad*.

La tontería y la vanidad andan casi siempre juntas; parece que hubieran sido engastadas matrimonialmente.

La vanidad no viene á ser mas que una tontería; pero mas reprobable: porque esta en buenas cuentas es una simple debilidad del alma.

Y sin embargo, no podeis, sin esa tarjeta, abriros paso entre la excelente ó eximia sociedad. ¿Por qué, me direis? Porque sin que seáis fátuo, petulante, vanidoso ó tonto, que todo casi dá lo mismo, estáis sin caréta, y la sociedad no gusta de los que se le presentan como son: porque cuanto mas finjais mas encubriréis vuestras llagas. ¿Y quién no las tiene?

Pero el tipo es comun de dos, y seria estender demasiado este artículo si me detuviera.

Pasaré, pues, á otro.

XI.

—Oh! en este momento quisiera pedirle á Shackespeare su inspiracion cuando escribió el Otelo. No, no la quiero: pintaría entonces los celos con la sublimidad del autor inglés, y no es tal mi propósito. Tan solo quiero hacer una humilde caricatura.

Los celos tocan los extremos: ya el sublime, ya el ridículo.

Aquella es una mujer que procura con exquisita solicitud conservar la pureza del amor. Á esta se la vé arrastrarse por una mezquina pasión de egoismo y entregarse á una desesperacion que la hace sentir los tormentos del infierno.

La primera, sepulta en el silencio y en el secreto de su corazón las quejas que le han arrancado los deslices del marido ó del amante: se refugia en la virtud, toma de ella fuerzas para combatir esa pasión diabólica, y llena de resignacion lleva su pesada cruz.

La segunda, por el contrario, atiza la llama que quema su pecho hasta convertir el amor en cenizas; se arroja en brazos del placer en los cuales no encuentra sociedad- y perdida la fé que convertía en bellos encantos los días de su amor; en cada hombre no encuentra sino un traidor á quien es preciso enganar para prevenirse de su engaño.

Oh! Qué contraste!

Si las mugeres supieran que los ángeles se sonríen de alegría y los hombres les rinden veneracion y respeto, cuando prefieren la pal-

ma de un martirio transitorio á las fascinadoras espinas que les dán los celos inmoderados, convertirían cada hogar en un pedazo de cielo encerrado entre paredes y puertas.

PAULINO FUENTES-CASTRO.

Lima—1868.

CELOS.

—Todo oscuro... ¡qué tal! dos voces siento...
Oigo medias palabras... ¡ah traidora!
Del corazon la ira me devora...
Ya escucho el doble y esforzado aliento.
¿Dónde está mi puñal? ¡Ah! no consiento
Calma ni reflexion: llegó la hora
De hacer ver á la ingrata engañadora
Lo que vale burlar un sentimiento.
Se besan ¡ay de mí! muero celoso:
—*El fruto de tu vientre*— ¡Cruel! bandido...
No puedo resistir... estoy furioso.
Puñal en mano entró, de rabia henchido.
Para cumplir su empeño estrafalario,
Y... ¡rezaban dos viejas el rosario!

EL CHICO TERCICIO.

NUESTRA SEÑORA LA POBRE.

(Tradicion.)

I.

EN los últimos dias del mes de Diciembre de 1529, salian de Sevilla para embarcarse con rumbo á la América, seis frailes de San Francisco, que atraian las miradas de los habitantes por lo extraño de su vestimenta.

Llevaban las faldas en cinta, gruesos báculos en las manos, y las sandalias y los breviarios colgadas en sendas cuerdas.

Parecian soldados que marchaban á una campaña, conduciendo á cuestras sus municiones y sus bagajes, ó para ser mas exacto, peregrinos, que se encaminaban á una larga romería.

Los seis frailes franciscanos se dirijian á la recién descubierta Guatemala, donde iban á fundar un instituto monástico, y á predicar el Evangelio á naciones, que hacía siglos, vivian sin Dios, ó vejetaban en la mas vergonzosa idolatría.

Uno de esos religiosos, fray Gonzalo Méndez, trasportaba consigo por toda carga una imagen pequeña de Nuestra Señora, de media vara de alto, poco mas ó menos, la cual tenia grabados en el pecho los instrumentos de la pasión, que aparecian á la vista cuando la efígie abría los brazos por medio de ciertos gongos.

Esta fué la primera escultura castellana que hubo en el reino de Guatemala.

Antes de la llegada de fray Gonzalo Méndez, se veneraba en dicha comarca una imagen de la Purísima Concepcion, pintada en un lienzo tosco y grosero, tejido á manera de una manta, el cual medía dos varas y media de alto, y mas de dos de ancho.

La Virgen estaba retratada en aquella tela burda con todos sus atributos, y llena de moles y letreros. Tenia al lado derecho á San Juan Bautista; y á la izquierda, á una santa, que parecia Santa Isabel.

Segun la tradicion, el adelantado don Pedro de Albarado, ó los padres que habian venido en su tiempo, talvez fray Toribio Motolinia, habia traído aquel cuadro, ó si se quiere, mamarracho. Se ignoraba si habia sido ejecutado en Europa ó en América.

El pueblo llamaba á esta virgen la *Conquistadora*.

Despues de la grande inundacion que arruinó á Santiago de Guatemala, la poblacion se trasladó á otro punto que no estaba espuesto á tales desastres, y que ofrecia mayores ventajas que el antiguo.

Naturalmente se levantó en la ciudad nueva, una iglesia, donde fué necesario colocar algun santo ó santa, por que la escultura y la pintura mencionadas habian quedado en la ciudad vieja, que no habia sido completamente abandonada.

Faltos de recursos de toda especie, fray Gonzalo Méndez acudio á Carlos V. para rogarle que se dignara remediar una necesidad tan urgente.

El poderoso emperador escuchó benévolo la súplica, y remitió dos imágenes de bulto de la Purísima Concepcion, tan semejantes que apenas se notaba diferencia entre ambas.

Mientras llegaba la preciosa encomienda, don Diego Martinez, vecino acaudalado de Guatemala, ordenó que un artífice del país le esculpiese una imagen de Nuestra Señora, á cuyos piés estaban postrados: San Francisco á un lado, y un ángel al otro.

El trabajo salió á la medida de los deseos de aquel poderoso caballero.

Don Diego Martinez estaba dispuesto á obsequiar aquella obra para que se pusiera en el altar mayor de la nueva iglesia, pero cuando comprendió que este puesto de honor se reservaba para una de las vírgenes enviadas por Carlos V, mudó de voluntad, y dejó la efígie en su poder para que amparara su casa y su familia.

II.

Don Diego Martinez estaba casado con Doña Alonsa Guzman.

Pocas líneas me bastarán para bosquejar el carácter de estos dos personajes.

Don Diego Martinez, era devoto y valiente en grado superlativo, como casi todos los españoles de la época. Cargaba escapulario y rosario; y al mismo tiempo, llevaba espada y daga.

Tenia una inteligencia mediocre, y una pasión estremada á su esposa.

Doña Alonsa Guzman, era una mujer bellísima, que de grado ó por fuerza llamaba la atención, y se imprimía en la memoria.

Cuando estaba presente, todos la miraban sin quererlo.

Cuando estaba ausente, todos los que la habian percibido se acordaban de sus encantos.

Despues de los ojos, aquella hechicera robaba los corazones.

No habia coselete, aunque fino y bien templado, que no fuera traspasado por su hermosura.

Doña Alonsa poseia una inteligencia mas perspicaz que la de su marido; y correspondia al afecto que éste le profesaba.

La escasez de europeas que habia en Guatemala hacia que todos los hombres la galanteasen y codiciasen con empeño; pero ella habia permanecido hasta entónces sorda á los requiebros.

¿Saldria al fin triunfante de aquella percecusion encarnizada contra la fidelidad conyugal?

La prueba era difícil.

Entre los aficionados á Doña Alonsa, se contaba en primera línea don Francisco Meneses y don Ramiro Ordoñez, que habrian dado este mundo y el otro por vencer aquella tenaz resistencia.

Ambos visitaban la casa, y trataban de desbancarse mutuamente.

Don Francisco Meneses era un mozo muy reserbado y circuspecto.

Por lo mismo, mas temible.

Don Ramiro Ordoñez era un jóven impetuoso y violento.

El polo opuesto de su rival.

Don Ramiro estaba tan enamorado de Doña Alonsa, que contemplaba arrobado hasta el polvo que levantaba su saya.

Cuando no la veía, solo pensaba en verla. La seguía y la espiaba.

Cierta noche que habia venido á rondar en torno de la casa habitada por la bella española, Don Ramiro observó con rabia que cerca de una ventana estaba detenido un embozado, que, segun parecia, conversaba con álguien al travez de la reja.

Cegado por los celos, Don Ramiro se aproximó al personaje misterioso, y le preguntó con tono descomedido é insolente:

—¿Quién sois?

—¿Qué os importa?—contestó el encubierto.

—¿A quién buskais?

—No estoy obligado á daros cuenta de mi conducta.

Despues de estas interrogaciones y de estas respuestas tan secas y descortes, cualquiera comprenderá sin trabajo que el diálogo no pedía continuar de palabra.

En aquel tiempo, se dominaba á las espadas lenguas de acero, y se hablaba con ellas con mas frecuencia que ahora.

Los dos caballeros echaron mano á sus tizonas, y comenzaron á reñir con furor.

El odio que experimentaban el uno contra el otro habia sido suficiente, prescindiendo del aspecto y de la voz, para que los dos competidores se conocieran, á pesar de la oscuridad de la noche.

Aquel duelo sin testigos no tuvo consecuencias, porque el estrépito del combate despertó á don Diego Martinez, que salió á la calle medio desnudo, con una vela en la mano, para ver lo que pasaba: y su vista sola bastó para que los dos galanes corrieran presurosos, cada uno por su lado.

No podian hacer otra cosa.

El encuentro de uno y otro en aquel sitio y á tal hora habria provocado, á no dudarlo, las sospechas del marido.

Los dos rivales tenian igual interes en que esto no sucediera.

Probablemente era la primera y la última vez que huían en su vida.

III.

Desde la aventura que acaba de referirse, don Ramiro Ordoñez sintió un barreno que le taladraba el alma.

El apasionado hidalgo comenzó á tener celos rabiosos, no solo del marido, sino tambien de un amante verdadero ó supuesto.

¿Don Francisco Meneses habia logrado algun favor especial de la dama de sus pensamientos?

Talvez; pero no se atrevia á asegurarlo con entera certidumbre.

La precencia de su rival junto á la ventana habia podido ser motivada por la misma causa que la suya.

Esa circunstancia, bien que fuese sospechosa por demas, no importaba precisamente una cita de amor.

El arrebatado mancebo llegó á tal estado de exaltacion, que, no pudiendo soportar la cruel duda que le atormentaba, determinó salir de ella cuanto antes.

Adentro ó afuera.

Blanco ó negro.

No podía vivir en medio de una ansiedad tan mortificante.

Las miradas y los suspiros eran un pobrísimo desahogo para la pasión volcánica que le devoraba.

Tomada su resolución, escribió cartas á fin de pintar á Doña Alonso el fuego que le abrasaba; pero estas cartas le fueron devueltas: la primera sin contestación, y las otras, sin haber sido abiertas siquiera.

Sobornó á varias criadas para que le sirvieran de terceras; pero esas criadas fueron despididas sin que consiguiera su objeto.

Empleó todavía otros medios poco decorosos para lograr su propósito; pero todos fracasaron.

No se desanimó sin embargo.

Don Ramiro Ordoñez pertenecía á esa generación de españoles del siglo XVI, que llegaban al pié de los Andes, ese espinazo del mundo; y lejos de pararse asustados delante de tal coloso, clavaban las espuelas á sus caballos para pasar al otro lado, como si se tratara de una simple colina.

La resistencia de una débil mujer no podía intimidarle, ni detenerlo.

—Si no quiere por bien, querrá por mal,—dijo para sí.

Resolvió entonces abocarse personalmente con la dama.

En la primera ocasión que la encontró sola, el obstinado galán trató de realizar su intención; pero á las primeras palabras, Doña Alonso le impuso silencio.

—No puedo callar,—contestó Don Ramiro.

—Si vos no podeis callar, yo por mi parte no debo escucharos.

—Mal que os pese, me oireis hasta el fin. Os amo con delirio... No me interrumpais... ¿Os habeis imaginado que soy un espejo inerte de cristal para que haya podido reflejar vuestra divina hermosura sin adoraros? No por cierto. Desde el momento en que os ví, he tirado mi alma al suelo para que sirva de alfombra á vuestros piés.

Doña Alonso, sin dejarle proseguir, le dijo con indignación:

—Salid, caballero.

Y junto con intimárselo, le mostró la puerta con la mano.

Pero Don Ramiro, lejos de obedecer, continuó hablando y trató de abrazarla.

Viendo su actitud, Doña Alonso le volvió las espaldas, y salió del aposento, dejándole con los brazos abiertos, y con la palabra en los labios.

IV.

El amor embriaga como el vino; pero con la diferencia de que el amor suele hacer perder la cabeza antes de que su copa de ambrosía llegue á los labios.

Tantas tentativas frustadas acabaron por trastornar el acalorado cerebro de Don Ramiro Ordoñez, que nunca había brillado por una gran lucidez.

La hiel desbordó en su corazón ulcerado por los desaires y los desvíos.

El mancebo desdeñado se convirtió en una víbora pisada, que deseaba morder y matar á todos los que le habían puesto la planta encima: la mujer, el marido y el amante.

—Ya que no he podido gozar, me vengaré por lo menos,—esclamaba con despecho.

Lleno de ira, se puso á meditar en los medios de realizar su proyecto.

Don Diego Martínez había construido en la pieza principal de su casa un magnífico retablo, donde había colocado entre floreros y candelabros la efígie que había mandado esculpir en Guatemala.

Todas las noches, el devoto hidalgo, acom-

pañado de su mujer y de sus sirvientes, rezaba en coro el rosario delante de aquella imagen.

Cierta ocasión que estaba ocupado en esta piadosa práctica, sintió el galope de un caballo que se detenía en las inmediaciones.

En seguida, se pegaron fuertes y repetidos golpes á la ventana del oratorio, que daba á la calle.

Habiendo abierto una criada esa ventana, el jinete, sin nombrarse, tiró por entre los barrotes de la reja una carta, diciendo con voz desentonada: que por ello vería Don Diego Martínez que su honra estaba rota como un harapo viejo, y que andaba en la boca del vulgo.

Apénas Don Diego Martínez oyó estas terribles palabras, desenvainó la espada, y salió de la sala en busca del miserable que se había atrevido á inferirle tamaño ultraje.

Anhelaba empapar, no solo su acero, sino también su mano, en la sangre de aquel infame que le había denostado en presencia de toda su servidumbre.

Sus deseos quedaron fallidos.

La noche estaba oscura; él á pié; el agresor, bien montado.

Cuando Don Diego salió á la calle, no se divisaban ni caballo, ni vestigios.

Aunque Martínez corrió en diversas direcciones, no pudo averiguar siquiera el camino que su ofensor había tomado.

Mientras tanto, Doña Alonso había levantado del suelo la carta, y la había colocado en las manos de la Virgen, que, rodeada de luces y de flores, había contemplado impasible desde su altar aquella escena.

Tan luego como Don Diego Martínez volvió á entrar en la pieza después de su afanosa carrera, pidió que se le entregara la carta arrojada por la ventana y habiéndosele indicado el lugar donde había sido depositada, la tomó trémulo de las manos de la Virgen.

El sobrescrito era para él.

Sin pérdida de momento, se apresuró á abrir aquella carta funesta, que encerraba la prueba de su deshonor; y vió con sorpresa que adentro había solo un papel blanco.

¿Qué significa aquello?

¿Era una burla?

Don Diego Martínez creyó que algún amigo habría tratado de embromarle.

Y continuó su rosario en el punto que lo había interrumpido.

V.

No tengo necesidad de advertir que Don Ramiro Ordoñez era el que había arrojado la carta por la ventana.

Poco tiempo después, se arrepintió de su mal proceder, y confesó con humildad á un fraile franciscano que había calumniado á Doña Alonso de Guzman en un papel que había escrito con su puño y letra.

¿Qué se había hecho ese documento?

¿El amante despreciado había cerrado en medio de su turbación, un papel en lugar de otro?

¿Doña Alonso había sustituido la hoja escrita por otra blanca durante la ausencia de su marido?

No lo sé, ni tengo arbitrio para indagarlo.

Lo cierto es que allá en tiempo de entonces se alegaban diversas pruebas para justificar que la Virgen había efectuado la metamorfosis referida, á fin de patentizar con un milagro la pureza de su devota.

Don Diego Martínez se consideró indigno de conservar en su casa una imagen tan prodigiosa, y la donó para que se colocase en la iglesia de San Francisco de Guatemala, donde se

reverenciaba bajo la advocación de Nuestra Señora la Pobre, ó la Madre de los Pobres.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

AL VOLVER.

De nieve están vestidos mis cabellos,
Cuán pronto envejecí!
Un año ausente de tus ojos bellos
Es un siglo de penas para mí!
Vuelvo otra vez á la escondida aldea!
Siempre igual la encontré!
La campana, la torre que blanquea,
Y tu casita al pié!
El mismo sol bañando las ventanas
De tu tranquilo hogar,
Las mismas candorosas aldeanas
Rezando en el altar;
La misma barca atravesando el río,
Su mismo eterno son;
Todo lo encuentro igual... y desconfío
De si tendrás lo mismo el corazón!!

A. F. GRILLO.

ITE VII

Después de tantas penas y dolores,
Como por tí mi corazón sufriera,
Al fin te ví, fantástica, hechicera,
Cual el ángel feliz de los amores.
En mi alma sentí nuevos ardores,
Al momento feliz en que te viera,
Y al haberlas tenido, te pusiera,
Por alfombra á tus piés, tempranas flores.
Pero tú para mí tan orgullosa,
Solo tienes desprecio é indolencia,
Y junto á mí pasarte silenciosa,
Como si no estuviera en tu presencia;
Y arrogante y altiva y desdeñosa,
Mirándome con fría indiferencia.

ESTEVAN C. SEGURA.

Lima, 1875.



Aunque mis muchas dolencias
Me tienen algo abatida
Y es atareada mi vida,
Cual no lo puedo explicar,
Voy á escribir el Mosaico
Temiendo salga perverso,
Pero poniéndolo en verso
Se me podrá dispensar.

Primero daré las gracias
A la Señorita Adriana,
Porque una y otra semana
Lo ha redactado por mí.
Este espontáneo servicio
Tan oportunamente hecho,
Creo que me dá derecho
Para consignarlo aquí.

* * *

Pasó la semana santa
Con reseñas, estaciones
Tinieblas, lamentaciones
Y pláticas de pasión;
Después, la misa de gloria
Y la alegre noche buena,
Pascos, retreta, cena,
Mascaras y animación.

Así pasa todo, y deja
Solo un vacío en el pecho,
Que está menos satisfecho
Mientras más puede gozar;
Nada hay que plazca del todo
Y así vamos de año en año
Tocando en el desengaño
De no tener que esperar.

* * *

Han adoptado en Florencia
Las señoras de alta clase
Usar telas muy sencillas
Para asistir á los bailes.
El objeto que esto tiene
Digno es de recomendarse,
Pues que no siendo costosos
Estos mencionados trajes,
Los regalan á las pobres
Y esa gente miserable
Al verse así socorrida,
Con gratitud la mas grande,
Bendice á sus bienhechoras;
Trata de hacerse agradable,
Con asiduidad les sirve
En cuanto se halla á su alcance,
Que corresponder muy bien
A veces los pobres saben.
¡Ojala que entre nosotros
Tal costumbre se adoptase,
Sin malgastar el dinero
En tantas superfluidades
Y que estas obras piadosas,
Tan útiles y laudables
Se quisieran imitar
Cual se imitan necedades,
Y fuera en lo bueno Lima
Remedio de otras ciudades.

* * *

Walter Scott, al tiempo que escribía
Un perro inglés hermoso acariciaba
Porque de esta manera se inspiraba
Por un capricho este famoso autor.
Paer, buscaba amigos pendenciosos,
Que altercaban con él, ó en su presencia;
Refirir ó disputar era en conciencia
Medio que halló para escribir mejor.

Donizetti, en sus viajes se dormía
Y jamás se detuvo ni un momento
A la contemplación del firmamento,
Del verde campo, ó espaciosa mar;
Solo á sus notas le encontró belleza,
Con sus sentidos se portó egoísta
Pues quiso castigándose la vista
No dejarle al oído que desear.

El celebre Spontini
Jamás compuso,
Música buena alguna
Sino en lo oscuro.

Y esto no es raro,
Que un buen entendimiento
Ve así mas claro.

Sarti, del mismo modo
Se procuraba
Una vivienda oscura
Desamueblada
Y así escribía

Con solo una luz débil
De lamparilla.

* * *

Ya se acerca Cuasimodo
Día bullicioso en Lima,
Con sus siete procesiones
Su entusiasmo y alegría.
Desde temprano se ven
Las calles muy bien barridas,
Y las puertas y balcones
Casi todos con cortinas.
No propongo censurar
Aquesta costumbre antigua
Por antigua la respeto
Si es fea, que otro lo diga.
Mistura prepara el pobre
Mistura la jente rica,
Que hasta barrios escusados,
El Santísimo visita.
Los balcones se ven llenos.
De elegantes señoritas,
Los jóvenes... como siempre
Diciendo galanterías.
Mas no toco esa cuestión
Que no es de incumbencia mia,
Cada cual es responsable
De su falta grande ó chica.
Dejemos las procesiones
Con música y campanillas
Con faroles adornados
Y á las negras y zambitas,
Llevando hermosos charoles
De flores y banderitas:
De frutitas claveteadas
De briscadao y de ninfas.
Trasladémonos al tren
Vamos á la hermosa villa,
Lugar de tantos encantos
Y de tantas simpatías.
También allá hay procesion
Y bastante concurrida,
Después que esta se concluye,
Muy compuestas las cholitas,
Salen por todas las calles
A pasear la huatia y chicha.
Por la noche siempre hay fuegos
Animación y alegría,
Sale el rosario galano
Invención la mas bonita.
Lleva al centro un bello cuadro
Con la imagen de María,
Y al rededor cien faroles
Y sus luces respectivas.
Con este terrible peso
Va un indio á revienta cinchas
Caminando todo el pueblo
Y además en las esquinas
Tiene que dar varias vueltas
En direcciones distintas.
Cualquiera que el anda observe
De manera detenida
Se admira de que halla cuerpo
Que ese aparato resista.
Esto concluye á las doce
Con cohetes y gritería
Y si lo dudas lectora
Anda y lo verás tú misma.

* * *

Fué una amiga sincera y una excelente madre de familia, la señora Rosa Ortiz de Coronel, que ha dejado de existir el domingo 28 del pasado.

Acompañamos á su familia en tan sensible é irreparable pérdida.

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

CHARADA.

En mi primera y tercera
Hallarás de Europa un río,
Y de mi primera y mi quinta
Sacarás mucho partido,
Que es pabeza, y alimento,
Es cerda, y por el sonido,
Pudiera ser hasta letra
Si tubiera un requisito.
Mi segunda con mi quinta
Si no es acción de bandido,
Puedes sin dificultad,
Verla en lugares floridos;
Mi cuarta en el calendario
Hallarás y es adjetivo,
Y practican quinta y cuarta
Casi siempre los peritos.
Tercia y quinta de la leche
Siempre habrás tomado ó visto,
Del todo goza cien veces
Quien logre vivir un siglo.

M. V. DE P.

Soluciones á la charada del N.º 20.

CAMISA.

LEONIDAS HURTADO.

Pacasmayo.

Ha de saber el autor
No la doy de poetisa;
Que de su todo deduzco
Una lujosa Camisa.

ELEODORA HERRERA.

Pacasmayo.

Solución á la charada del N.º 21.

Tu primera letra es I.
Una K. es tu segunda,
Sin desconfianza ninguna
Tu todo lo pongo aquí.
IK.

L. Y A. HURTADO.

Pacasmayo.

PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su dirección, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

El Luzon para recibir los originales destinados á la publicación de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

EMPRESA TIPOGRAFICA,

Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs. 128 y 130.